

# CAPITALISMO Y VIOLENCIA

---

José Dávalos H.

## I

Generalmente se trata de explicar el fenómeno de la violencia desde puntos de vista psicologistas, es decir subjetivos, otorgándole un carácter *per se* y propio de la “naturaleza humana”, de ahí —se deduce— ésta tendría un sentido inmutable, de la misma forma en que se adjudica inmutabilidad al sistema que la procrea. Concepción de tal índole, implica una explicación bio-psicológica y por ende alternativas clínicas e individuales para su eventual solución. O, lo que es lo mismo, se habla de un “instinto criminal” que se funde en el ancestro del hombre. Así, la violencia sería un género de catarsis ritual propia de la especie.

De todos modos, este hecho implica sacar al hombre del contexto social y transformarlo en una entelequia, o peor aún, sumirlo a un estado superado hace mucho tiempo, esto es la simple esfera de la animalidad, cuando a través de la producción de sus propios medios de subsistencia, de su acción sobre la naturaleza, el hombre trascendió, diferenciándose de los animales.

Tratando quizá de mostrar un rostro más progresista, hay otras posiciones, no menos subjetivas por cierto, y que Baran las denomina “socio-psicologistas”, las que dando un carácter factorial al comporta-

---

\* Ponencia presentada al “Primer Seminario de Investigación del Proyecto Violencia en América Latina”. Organizado por el Instituto de Criminología de la Universidad Central del Ecuador.

miento humano, deducen que los "determinantes" de éste se resumen al "ambiente" (familias, instituciones, etc.) donde el hombre se desenvuelve. Pero este ambiente también es concebido in abstracto, fuera de las relaciones sociales que se dan independientemente de la voluntad individual o familiar. De otra parte, esta tesis implica un no reconocimiento de las relaciones sociales y de la determinación de éstas sobre la individualidad, y su peso decisivo sobre la vida misma de las personas.

Por eso es que, "al sostener el principio del homo omini lupus" como si fuera una verdad eterna, y al considerar al hombre como sujeto egoísta y agresivo por naturaleza, que lucha despiadadamente por alcanzar una posición dentro del mercado, el psicologismo contiene más de la realidad capitalista que aquellas doctrinas que pretenden convencernos que la personalidad del hombre capitalista puede modificarse mediante piadosos llamados al amor, a la productividad y a la hermandad de todos los hombres" (1).

Estas tesis psicologistas, subjetivas, desconocen conscientemente, la mayoría de las veces, la inserción de los individuos o de las instituciones en una sociedad conflictiva y en crisis, en la sociedad capitalista.

Por otra parte, ciertas concepciones objetivas de la violencia han tratado de explicarla a partir de un hecho, a saber, la propiedad privada. Mas, ésta no es un hecho, sino un proceso que hay que discernirlo históricamente. Este discernimiento echará luz sobre las transformaciones y cambios que se operan al interior de los modos de producción a lo largo de la historia, así como los cambios en la conducta humana, fruto a su vez, de los operados en dichos modos de producción.

Aquella conocida afirmación de que la propiedad es un robo y por tanto producto de la violencia, es lisa-mente una mistificación, pues la propiedad por si misma no engendra explotación y servidumbre, es decir violencia, o inversamente “ . . . la violencia podrá, indudablemente, ser la causa de que la propiedad cambie de dueño, pero nunca podrá engendrar la propiedad privada como tal” (2). Por esto mismo es necesario estudiar prospectivamente el origen de la propiedad y, dentro del proceso de acumulación, ir señalando como se hace presente la violencia. Esa prospección deberá partir, necesariamente, del contexto original de la división del trabajo y por ende de la creación de un sobreproducto social que es, a fin de cuentas, el origen de la civilización. Entonces se verá que es necesario que las fuerzas productivas hayan alcanzado cierto grado de desarrollo y que el intercambio se haya generalizado, para que se desarrollen formas de propiedad y por tanto se haga presente, en forma inexorable, la lucha de clases.

En cualquiera de las formas de desarrollo del capital, hay otras tantas de violencia; el móvil, la acumulación: desde las etapas precapitalistas, hasta la acumulación monopólica imperialista; desde el pillaje y la piratería, hasta la agresión de los marines en cualquier lugar del mundo occidental; desde el engaño y fraude de todas las formas de comercio, hasta la explotación—violencia programada sofisticadamente. Al revisar la historia del desarrollo del capitalismo se constata no sólo la procreación de violencia, sino la violencia misma.

Así, en oprobioso, pero históricamente explicable contubernio, Drake, el famoso pirata, habíase asociado con la no menos famosa Reina Isabel, para emprender los actos de vandalismo y piratería llevados a cabo por el filibustero: “ . . . la primera empresa de piratería de Drake, que data de los años 1577 — 1580, se lanzó con un capital de 5.000 libras en la que participaba la Reina

Isabel. Esta empresa produjo 600.000 libras de ganancia la mitad de las cuales recibió (naturalmente) la reina". (3)

Asimismo, "de 1636 a 1645, la compañía de las indias occidentales holandesas, vendió 23.000 negros por un total de 6.7 millones de florines —300 florines por cabeza—. . . de 1783 a 1793, los negreros de Liverpool vendieron 300.000 esclavos por un valor total de 15 millones de libras, una importante fracción de las cuales contribuyó a la formación de empresas industriales" (4).

En fin, las mismas cruzadas camufladas hipócritamente con un inocente ropaje de religiosidad, no fueron más que, como lo señala Mandel, una empresa audaz de rapiña y latrocinio.

Más tarde, el extraordinario desarrollo de las fuerzas productivas que se iniciara a fines del siglo XVIII, que va desde la máquina de vapor de Watt hasta la creación del ferrocarril y los buques a vapor, dieron inicio a la denominada revolución industrial, amén de los transportes y la agricultura. Transformación que en vez de convertirse en luminosa esperanza para la humanidad, fue, fuerza cuesta reconocerlo, el cimiento para un mundo donde no sólo la técnica y la ciencia tendrán campo fértil, sino también para que empezaran a gestarse otras formas de enajenación y violencia.

En efecto, el embrión del capitalismo actual que se da con la revolución, elevó a niveles nunca antes logrados, los índices de productividad tanto de materias primas como de productos de consumo.

Sin embargo, y como ahora sucede, las grandes mayorías no usufructuaron ningún beneficio del deslumbrante crecimiento. La escalofriante conclusión a que llega un obrero de la época, ante la muerte de sus hi-

jos, es la esencia del contradictorio progresismo: "Si, me alegro (que sus hijos hayan muerto) y doy gracias a Dios, que así me alivió de la carga de mantenerlos y ellos, pobres y queridas criaturas, fueron aliviadas de esta vida mortal" (5). La experiencia vital de los explotados se encarga, pues, de desmistificar el paraíso que glorificaba la naciente burguesía, ya que si de un lado se encontraba —y hasta hoy se encuentra— la gran masa de trabajadores que en interminables jornadas de trabajo crean valores, a cambio de miseria y opresión, de otro, la minoría de propietarios, la clase dominante, que "jamás manchó sus manos con el trabajo", se dedica desenfrenadamente a enriquecerse y acumular. Por esto, la validez permanente de la aseveración de Marx de que "si el dinero 'nace con manchas naturales de sangre en un carrillo', el capital viene al mundo chorreando sangre y lodo, por todos los poros, desde los pies a la cabeza" (6). Este será el baldón de su historia, el estigma de su existencia. El esclavista, el señor feudal y el capitalista explotan, a su turno, al esclavo, el siervo o al proletario, apropiándose del plusproducto generado por el trabajo de éstos, quienes únicamente poseen su fuerza de trabajo para abastecerse de los medios de subsistencia, mientras que, por otro lado la acumulación de la plusvalía se convierte la razón de ser del capitalismo. Sin embargo, siempre se ha querido hacer aparecer al capital como una bondadosa vestal consagrada a custodiar la vigencia de un sistema que, auspiciando e institucionalizando la violencia, nutriéndose de ella, ha sumido en la más brutal postración a la mayoría de seres humanos, hundiéndoles a la condición de bestias de carga.

De ahí que el capitalismo no es únicamente un sistema caracterizado por la anarquía en la producción, es algo más: la irracionalidad llevada al paroxismo, la alienación progresiva y acumulada del ser humano; en fin, la negación del hombre mismo, y éstas son

formas de violencia, de las que el *statu quo* necesita como el pez del agua; violencia que una vez institucionalizada, forma parte de la vida cotidiana de los habitantes del "mundo occidental". Mas, en todas las formas posibles, que incluye la violencia física por cierto, se reclama que con el desarrollo del capitalismo se ha llevado a la civilización a los confines de la tierra; a este propósito Engels había respondido hace mucho tiempo: "si, es cierto que habéis hecho todo eso, pero ¡cómo lo habéis hecho ! ¡¡ Habéis acabado con los pequeños monopolios, para dar más libertad y rienda suelta a un gran monopolio básico, que es el de la propiedad; habéis civilizado los confines de la tierra, para ganar nuevo terreno, en que pueda desarrollarse vuestra repugnante codicia; habéis implantado la fraternidad entre los pueblos, pero una fraternidad de ladrones !!" (7).

El aparente moralismo de Engels no es tal, cuando se constata que en más de tres mil años de historia, apenas menos de treientos el hombre no anduvo enfrascado en la llamada guerra "regular", y esta presunta "paz" deja de serlo, toda vez que diariamente se violenta la existencia del hombre, pues, tanto en el desarrollo del capitalismo como en la etapa actual, persiste el antagonismo entre el interés privado y el social, contradicciones que marcan el ritmo de todos los acontecimientos, y por lo mismo hace que la violencia no sea un problema fenoménico, sino una realidad social, cuya presencia esta históricamente condicionada al proceso del desarrollo del capitalismo, donde la acumulación originaria del capital, viene a desempeñar en el sistema el mismo papel que desempeña en teología el pecado original (8).

En este contexto, la conversión de la fuerza de trabajo en mercancía es la esencia del antagonismo clasista, y es, al propio tiempo, la forma original de

la violencia del sistema, de la que habrán de derivarse todas las demás, no sólo la agresión física, sino la ruptura de la condición humana, la enajenación, que es en definitiva la vulneración de las personas a través del manipuleo de las conciencias y el sometimiento del pueblo al suplicio de Tántalo, el inescapable mundo del consumismo.

En este orden de cosas, se verá que la violencia no está encima o fuera de la sociedad, es ella misma, es la lucha de clases que nos hace morir un poco cada día. No es un hecho aislado, sujeto a la voluntad individual; funciona cotidianamente aunque no lo queramos. No es pues, solamente que está "en cualquier rincón un cuchillo, y una mano tras ese cuchillo", es más brutal y masiva, es el genocidio diario y permanente: millones de famélicos que se arrastran bajo un sol de plomo en secular y macabro espectáculo.

## II

Si para el desarrollo del capitalismo en Europa y demás países hoy industrializados fueron precisas estas formas de violencia y depredación, para América Latina, desde 1492 la historia ha sido la misma: superexplotación y genocidio. La terrible incógnita que se les formó a los nativos al no explicarse la presencia de los futuros conquistadores, provocó la deificación de éstos, añadiéndose a este hecho la fatal mancedumbre de los nativos por un lado, y la voracidad y ambiciones desmedidas de los españoles por otro, para explicar la venal actitud de los conquistadores. Es harto conocida la seguridad que tenía Colón de hallarse cerca del paraíso terrenal: "el oro y las perlas, la belleza y los modales exquisitos de sus habitantes . . . no podían ser de este mundo" (9). Se relata, por ejemplo, la digna actitud de Guacanagari "cuando una de las naves encalló en un banco de arena . . . no sólo aseguró, con su gente, el traslado a otro barco el contenido de aquel que fue abandonado, 'sin que desapareciera un alfiler', sino que

se esforzó además de distraer por todos los medios de su mal hado a aquellos extranjeros. Los llenó de presentes, manjares refinados, pesadas joyas de oro, animándolos con su presencia constante" (10). La "reciprocidad" de la horda de criminales fue violenta; como relata L. Séjourné: "Solos o en pequeños grupos, se extendieron por el país, convirtiéndose en dueños absolutos de las comunidades pacíficas y fértiles que no tardaban en hacer desaparecer. Las matanzas como represalia o por simple gusto —se inventaron diversos juegos de destrucción en los que los seres humanos servían de blanco— la violación y apropiación de mujeres y jovencitas ante las miradas impotentes de maridos, padres, e hijos; la irracionalidad de las exacciones, acababan por convencer a los indígenas de que era preferible abandonar los pueblos y las plantaciones" (11). En sólo 50 años, los conquistadores eliminaron 15 millones de indígenas en América.

Fue pues, la desintegración brutal y salvaje de un bucólico mundo "primitivo", de un mundo donde el hombre si no se realizaba a plenitud, por lo menos no era víctima del proceso que se instauraba en Europa, de la penetración inexorable de un sistema en gestación, el capitalista; para cuyo desarrollo hacía falta la acumulación, y para ésta, la violencia. El descubrimiento de América va a convertirse en la partera de la transformación de la vida económica europea y va a generar lo que se conoce como revolución comercial, ampliando esta actividad a niveles mundiales. Proceso que a su vez creará las bases para el ulterior desarrollo del capital y para esto hace falta también que se utilicen los procedimientos más brutales y la más repugnante hipocrecía.

Por eso es que, como señalara Dorfman, "en Hispanoamérica, la violencia no es el segundo polo o término de una dualidad, una alternativa frente a la cual uno

pueda plantearse con cierta racionalidad y aparente indiferencia . . . (aquí), la violencia lo escoge a uno desde que nace, y lo que debemos determinar es como la utilizamos, (entonces) la violencia no es un problema intelectual: no se trata de algo que esté allí, por ahí y pueda esperar hasta mañana” (12); estamos inmersos en ella.

El capitalismo, en su fase superior, el imperialismo, necesita de la violencia para nutrirse y no sólo que la ha procreado al interior de su sociedad, sino que la “exporta” hacia las sociedades dependientes, o mejor, subordinadas, explotadas, donde en asocio con las clases dominantes, ha penetrado en todas las formas posibles, desde la política del *big stick*, hasta la Alianza para el Progreso, pasando por la política de “Buena vecindad” y otras linduras, las formas de violentar la soberanía de los pueblos latinoamericanos se acumula en una larga lista que, Octavio Ianni la resume y que por su importancia la reproducimos *in extenso*:

“En 1898, como consecuencia del conflicto armado con España, los Estados Unidos toman Puerto Rico, Guam y Filipinas, como botines de guerra. En el mismo año, ocurre la intervención armada yanqui en la lucha que desarrollaba Cuba por independizarse de España. En 1902, aún como consecuencia del conflicto con España, los norteamericanos imponen la la “Enmienda Platt”, que dio a los Estados Unidos el derecho de intervención en Cuba. En los años de 1906–1909 ocurre la segunda intervención militar norteamericana en Cuba. En 1912 se verifica la tercera intervención armada en Cuba, para “proteger la vida e intereses norteamericanos”, bajo el pretexto de disturbios políticos y raciales. En los años de 1913–16 ocurren varias intervenciones diplomáticas y militares en Méjico, incluyéndose una “expedición punitiva”, comandada por el general Persching. En

1917-19 tiene lugar la cuarta intervención militar en Cuba. En los años de 1926-1933 ocurre la cuarta intervención armada de los Estados Unidos en Nicaragua, con la ocupación total del país y el asesinato del general César Augusto Sandino, líder nacionalista de la resistencia contra la invasión. En 1952-54 ocurre la "operación Guatemala", mediante la cual un ejército mercenario termina por derrocar al presidente Jacobo Arbenz Gúzman. En 1965 los Estados Unidos organizan la intervención militar en la República Dominicana, con la cooperación de tropas militares del Brasil. En 1967 los boinas verdes norteamericanos se encuentran íntimamente asociados a las luchas antiguerrilleras de Bolivia" (13).

La corta pero infame lista de atropellos y violaciones ha sido, a pesar de su palmaria elocuencia, interpretada como política de "buena vecindad", interpretación que se pierde, a fuerza de eufemismos, en los meandros de la inteligencia reaccionaria, pero que a través de los parlantes del Estado burgués se transforma en aprobación y beneplácito, pues éste se halla articulado, de cualquier forma, a los intereses del imperio.

La agresión no es gratuita, sino que obedece a la necesidad de "defensa de vidas y propiedades norteamericanos en América Latina". Efectivamente, en ésta se hallan más del 16 por ciento de las inversiones mundiales de los Estados Unidos, país que obtiene el 70 por ciento de su aprovisionamiento de recursos energéticos en nuestro continente; por otra parte, buena proporción del comercio latinoamericano se lo realiza con los Estados Unidos, con los que "tuvo" un déficit comercial de 14.500 millones de dólares en el período 1958-1970, y sus obligaciones financieras con la metrópoli significan al rededor del 40 por ciento de los ingresos corrientes por exportación. Producto de la "buena vecindad", es también el escalofriante panorama

del continente: más de 100 millones de subalimentados; 36 millones, de los cuales son 15 millones de niños, padecen desnutrición endémica. El analfabetismo (27 por ciento), la desocupación (10 – 25 por ciento); etc., ponen de manifiesto en su exacta medida, el carácter de la violencia imperial a la que se subordina el destino de nuestros pueblos.\*

De otra parte, también los Estados nacionales institucionalizan la violencia, pues, no sólo el sojuzgamiento económico y social, producto de las medidas económicas de corte fascista (desocupación por decreto, restricción del consumo por decreto, política de brazos abiertos al capital extranjero, etc.), sino el asesinato masivo in estricto sensu, es la imagen habitual de América Latina. Esto es así, pues al decir de Lenin, “ el Estado es aquella institución que subordina el poder de las masas al poder de una minoría armada y organizada” (14). Dicho de otro modo, al Estado no se le puede concebir como una entelequia, que preside la sociedad, pero no forma parte de ella; es más bien, como dijera Dos Santos, la sanción jurídica de la lucha de clases y no instrumento neutro; y auspicia, fomenta y camufla todo tipo de violencia, en la que la subordinación económica permanente, la explotación brutal de que es objeto la mayoría de la población, es el matiz de la vida cotidiana de estos pueblos.

### III

El mundo hostil y degradante al que ha sido sumergida la enorme mayoría de habitantes latinoamericanos, es un mundo habitual en el que transitan millones de ecuatorianos.

A lo largo de todo el pasado período colonial y durante toda la existencia republicana, las relaciones de producción que definían la formación social ecua-

---

\* Las cifras han sido tomadas de “América Latina”, Academia de Ciencias de la URSS, No. 1, 1976. Págs. 12–13.

toriana, no sufrieron mayores modificaciones, lo que explicaría la larga vigencia de relaciones precapitalistas de producción que determinaron formas de explotación inherentes a tales relaciones.

Es en los últimos años cuando se producen importantes cambios, por lo menos en la fisonomía de la estructura económico social, y por esto, el énfasis en tal período.

El Proceso de penetración del capital productivo en todas las esferas de la producción y el consecuente resquebrajamiento de formas precapitalistas de producción, conlleva la agudización de la lucha de clases. La voracidad de la burguesía, que busca maximizar sus beneficios, ha procreado una situación dramática para las clases populares. Efectivamente, el florecimiento de faraónicas obras que rinden homenaje a la veleidad de la burguesía obnubilada por el "american way of life", contrasta con el humillante tugurio, campo fértil de la promiscuidad y esto es la concreción de la violencia engendrada por el sistema.

La experiencia de los últimos años, es quizás la más importante en la historia del país, pues, se presentó una coyuntura inigualable. Sin embargo, el intento de desarrollar el capitalismo, degeneró en un proceso de extranjerización de la economía y sociedad ecuatoriana.

En efecto, en la política económica del régimen militar se puede reconocer dos instancias: la política petrolera y la económica global propiamente dicha. En la primera, hay dos alternativas que van desde el progresismo a la sumisión, desde la dignidad al entreguismo y la genuflexión. Mas, en conjunto, lo que se ha auspiciado es un desarrollismo fatuo y ena-

jenante, pues, la política económica asistencialista sustentada por el Estado, ha procesado no sólo la modernización que teóricamente trataba de evitar, sino que además ha engendrado el contexto de una economía alienada y alienante, que hunde cada vez más en la miseria a la mayoría de la población nacional, y que es la manifestación esencial de la violencia institucionalizada por el sistema.

Hasta el 31 de diciembre del año anterior, el petróleo había generado 24 mil millones de sucres. Sin embargo, toda esta masa de riqueza ha servido para ensanchar la brecha en la desigual distribución del ingreso y reflejar un espurio progresismo, pues la incidencia de los ingresos petroleros en la población, está en función de la ubicación clasista de la misma, y a su vez esta ubicación está determinada en última instancia, como se sabe, por la relación social de propiedad. En este contexto. El estado, casi rayando en la deificación ha respetado y fomentado el *sancta sanctorum* del sistema: la propiedad privada de los medios de producción. Esta actitud ha significado que la incidencia de los recursos, sea totalmente diferentes entre las dos grandes clases de la sociedad: los propietarios y los que subsisten en base de su fuerza de trabajo.

Así mientras, en 1960 los salarios participaban en el ingreso nacional del 52 por ciento, en 1972 esa participación bajó al 46 por ciento. Sin contar que entre los "asalariados" se cuentan altos ejecutivos, funcionarios, empleados, etc. En cambio, la participación de los empresarios en dicho ingreso y en el mismo período subió del 48 al 54 por ciento; y, en 1974 asciende esa participación al 61.8 por ciento, producto este año, de los elevados márgenes de beneficio, pues la rentabilidad promedio fue superior al 50 por ciento. Sólo así se explica como las propiedades netas de las compañías privadas —sólo las compañías— subieron de 27 millones de sucres a 70 mil millones entre 1971

y 1975; y sólo así se explica que, mientras tanto los salarios reales entre 1972 y 1974 disminuyeron en un 23.5 por ciento, es decir el costo de la vida subió más de dos veces, esto es el 237 por ciento en promedio, pues si el costo de la vida fue de 109.3 en 1971; en 1975 subió a 183.9 en el mes de abril. La política de exoneraciones, subsidios, etc., posibilitó al explosivo enriquecimiento de los empresarios privados.

Entonces, el Estado, jugó —y juega— un papel decisivo para satisfacer la sed de acumular de los capitalistas y del sistema, “todo ese sistema de apetitos y valores, con su deificación que consiste en acaparar para acumular, y acumular para acaparar mejor”.

Y la acumulación, y el acaparamiento se manifiesta casi palmariamente: hasta 1971 las propiedades de las compañías llegaban a 27 mil millones, y en sólo cuatro años se incrementan en 43 mil millones.

Entonces, se explica como se han repartido los ingresos petroleros. No queremos referirnos con esto a las asignaciones que ha hecho el Estado a las entidades del propio Estado, sino a los últimos efectos de la política económica, pues, esas asignaciones tuvieron una aparente racionalidad, que choca con la irracionalidad del comportamiento de la economía; irracionalidad que se manifiesta, por ejemplo, en el comportamiento del consumo: mientras en 1971 se importaron productos de lujo por 43 millones de dólares, en 1975 tales importaciones ascendieron a 102 millones, y apenas en los 4 primeros meses de este año, tales importaciones ya van en los 88,9 millones de dólares. La creación de falsas necesidades, procrea la angustia de no poder satisfacerlas, y ésta es una forma de violencia, de enajenación.

Parece que estamos cerca, si ya no lo estamos, dentro de la escena pintada por Eduardo Galeano, para la petrolera Venezuela: "Caracas mastica chicle y ama los productos sintéticos y los alimentos enlatados; no camina nunca, sólo se moviliza en automoviles (. . .), le cuesta dormir, por que no puede apagar la ansiedad de comprar, de consumir, obtener, gastar, usar, apoderarse de todo. En las laderas de los cerros, más de medio millón de olvidados contemplan desde sus chozas armadas de basura, el derroche ajeno" (15).

En el Ecuador, si la situación no es parecida, es más dramática. Tanto la burguesía entregada desenfrenadamente a patrones de consumo propio de las élites de los países industrializados; como los caballeros de la guerra, custodios de sacramento del sistema, la propiedad privada, son los autores y cómplices de la épica situación de nuestro pueblo.

El Ecuador exhibe cifras realmente dramáticas que muestran patéticamente su crisis. La tasa de mortalidad infantil asciende a un escalofriante 78.5 por mil, coeficiente de morbilidad se sitúa en el 40 por mil. En el Congreso de Ginecología y Obstetricia (Quito 73), se denunciaba que en el Ecuador existen 500.000 niños menores de 5 años afectados por desnutrición. El 80 por ciento de nacimientos tiene lugar sin atención médica. Si a nivel latinoamericano los recursos para la salud humana son escasos: 69 médicos y 25 enfermeras por cada 100 mil habitantes, en el caso ecuatoriano los recursos son mínimos: 36 médicos y 10 enfermeras por cada 100 mil habitantes. Y hay quienes hablan de exceso de profesionales.

Para el país se ha calculado un consumo de 1.870 calorías, frente a 2.300 que es la cifra recomendada por los organismos especializados. Consumo promedio anual de: leche, 63 litros; carne, 10,1 kilogramos. Y

todas éstas son cifras promedio que si se las desagrega de acuerdo por estratos sociales revelarían de la manera más patética la situación de hambre endémica del pueblo ecuatoriano.

La situación educacional no es menos desesperada: a diciembre de 1972 existían en el país 1.105.106 analfabetos (de 15 y más años). De cada 1.000 matriculados en la primaria se estima que sólo 239 logran culminar ese nivel de instrucción. Solamente el 20 por ciento de matriculados en la secundaria, inicia su carrera en las Universidades.

Características de país "atrasado" es también el alto déficit habitacional (64 por ciento) así como el alto porcentaje de la población que habita en viviendas hacinadas (45 por ciento), en viviendas sin servicios higiénicos (82 por ciento) sin luz eléctrica (90 por ciento), indicadores que adquieren nivel alarmante en el ámbito rural y en las áreas suburbanas, especialmente de Guayaquil y Quito. Únicamente el 29.4 por ciento de la población nacional cuenta con un servicio satisfactorio de agua potable, en el sector rural solamente el 7.2 por ciento. El servicio de alcantarillado beneficia al 22.4 por ciento de la población total: al 51.8 por ciento en el área urbana y al 1.4 por ciento en el área rural. Apenas el 36 por ciento de ecuatorianos disponen de luz eléctrica\*. Estos hechos, así como el trabajo infantil, constituyendo las lacras de la sociedad ecuatoriana, se han vuelto imperceptibles para la burguesía, de tanto vivir de ellas. Por otra parte, esta es la violencia congénita al proceso de desarrollo del capital. Y procrea consecuentemente otro tipo de violencia diaria: la lucha de clases, en la que, la clase dominante, a través del Estado, persigue y asesina a campesinos, obreros, estudiantes que luchan por la transformación social.

---

\* Ver: *Visión de Ecuador: Instituto de Investigaciones Económicas de la Universidad Central.*

La respuesta de las clases dominantes ante cualquier intento de reclamo organizado por parte de los sectores populares, es lisa y llanamente la violencia física, y cuando menos, la supresión de mínimas libertades.

A los más recalcitrantes epígonos del imperialismo, les fastidia que aún no se haya implantado en el país la matanza y el genocidio que caracterizan al cinturón de hierro del sur del continente. Sin embargo, no sólo este tipo de violencia es la que secreta el sistema sino más bien una más generalizada y permanente, la violencia económica; por eso es que el futuro del país, al igual que el de los pueblos del denominado Tercer Mundo, está condicionado por la forma que adquiera la lucha de clases y hacia que lado se incline la balanza, lucha en la que a la violencia de la burguesía la respuesta inexorable es la violencia reivindicadora del proletariado.

#### NOTAS:

- (1) Baran Paul, *Marxismo y Psicoanálisis*.
- (2) Engels F., *Anti Duhring*.
- (3) Mandel Ernest, *Tratado de Economía Marxista*
- (4) Mandel, *ibid*
- (5) Laurette Séjourné, *Antiguas Culturas Pre-colombinas*.
- (6) Séjourné, *ibid*
- (7) Séjourné, *ibid*
- (8) Marx Carlos, *El Capital*.
- (9) Engels F., *Esbozo de Crítica de la Economía Política*.
- (10) Marx Carlos, *ibid*
- (11) Dorfman Ariel, *Violencia e Imaginación en América Latina*.
- (12) Ianni Octavio, *Imperialismo y Cultura de la Violencia en América Latina*.
- (13) Lenin, citado por Stanley Moore en *Crítica de la Democracia Capitalista*.
- (14) Galeano Eduardo, *Las venas abiertas de América Latina*.